

A close-up, profile view of a woman with long, dark, straight hair. Her hair is styled in a way that completely covers her eyes, leaving only her nose, lips, and chin visible. She is looking towards the left of the frame. The background is a plain, light-colored wall.

**Clarisa
Ligarde**

**Tu rostro
en mí**

*Misterio, drama, romance,
una adictiva distopía «Noir»*

TU ROSTRO EN MÍ

escrita por Clarisa Ligarde

Título: Tu rostro en mí

Queda rigurosamente prohibida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, u otros métodos o soportes, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los mencionados derechos puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 t sges. Del Código Penal).

© Clarisa Ligarde, 2020

<http://www.clarisaligardeescritora.com>

©Fotografía de portada de Velizar Ivanov, fuente Unplash

© Diseño de portada, Ana de Beraza Lavín

ISBN: 978-84-16688-31-9

*“En nuestros cerebros bulle un pueblo de demonios,
Y cuando respiramos, la muerte a los pulmones
desciende, río invisible, con sordas quejas”*

Flores del Mal, de Charles Baudelaire

“La naturaleza aborrece el vacío”

René Descartes

I

Flores y ardor

El velero: Cloe

El curso del río avanza plomizo. Una culebra de agua sale de los juncos en zigzag. Cloe despierta tumbada junto a Patricia sobre la cubierta del velero. La brisa acaricia su piel y enfría su sudor. *Piel de una sombra líquida*. Nota su torso y camisa empapados. Cierra los ojos. Aún le duelen. Se concentra en otras sensaciones del cuerpo. La madera bajo ella mantiene el calor que ha absorbido a lo largo del día. *Como el calor de un perro*. “Tiza” guardaba la misma temperatura. No volverá a escuchar los ladridos ni notará a la perra en la cama a primera hora de la mañana. Era lo único que le pertenecía dentro del Círculo. *Solo una posesión podréis conservar de vuestra vida anterior*. El telón negro. Ardiente. Anegando los orificios de vida. ¿Cuándo acarició por última vez a la perra? Poco recuerda de los últimos días, sin embargo, su vida antes de llegar a la isla aparece vívida y resplandeciente en su mente, como si la forma de encontrar el camino que la ha llevado hasta allí cambiara su destino. Aprieta su torso contra la espalda de Patricia. Nota su lenta respiración. No ha hablado mucho con ella aunque ha

compartido la litera en el cobertizo de la plantación durante la última semana. Una recién llegada. Patricia sigue siendo alguien «carnal» después de la unción, es más bien callada y le gusta pasar horas a solas componiendo canciones con el sitar¹. *Si ella sigue viva es posible que yo también lo esté*. El cuerpo de Patricia es cálido, también la energía de sus ojos. Al amanecer se da la vuelta y Patricia la mira, sonámbula. *Ella como yo bebió del «fermento»*. Se palpa el pecho, la llave cuelga de su cuello atada al cordón de mimbre. *¿Qué puertas abrirán a partir de este día?* Seca. Oxidada. Habría jurado que hace poco su tacto era pulcro y terso. Las piernas le pesan como el acero, desea moverse, por un momento cree que va a ser capaz. Apoyándose en el codo y concentrando todas sus fuerzas sobre la cadera izquierda logra ponerse en pie. Lo primero que ve son unas latas de cerveza vacías tiradas en cubierta junto a un mechero rojo, un paquete de tabaco de liar, algunas cartas del tarot y un envoltorio de papel de fumar. Distingue la silueta de Sebastián apoyado en la barandilla, en la proa del velero, de espaldas, junto a Víctor. En un acto reflejo Cloe se cubre los muslos con las manos. Sus mejillas enrojecen. *¿Por qué ese sentimiento tan intenso de vergüenza?* *En lugar de cuerpos somos almas. Nada de lo que hagamos nos embrutece*. Son palabras que se agolpan en su cabeza, quieren salir, se pierden en su garganta.

1 instrumento musical de cuerda pulsada, originario de la India, semejante al laúd, pero con el mástil más largo.

Fue Sebastián quien la subió en brazos en el velero. Apenas reparó en quién era ella. *Me rechaza. Siempre ha sido así.* Le molesta ese pensamiento. Está acostumbrada a su frialdad, en la clínica ni siquiera la miraba cuando entraba en el despacho para entregarle el parte con los últimos ingresos. En realidad él nunca ha pertenecido al grupo. Tampoco ha participado en la vida del cobertizo. *Únicamente los «cosechadores» podíamos enlazarnos.*

Traga y percibe el sabor metálico y vegetal en su lengua. Cede ante la oleada plomiza, vuelve a ser una niña al borde de la sepultura.

Las ilusiones florecen en esta primavera como los temores, una naturaleza renovada y hostil cede su protagonismo a los transeúntes que han salido a caminar por las calles más allá de los Distritos 221 y 220. Nunca fue tan intensa la sensación del comienzo de la primavera.

21 de marzo de 2032. ARTÍCULO PERIODÍSTICO

El féretro descendía. Desde donde estaba Cloe podía oler las raíces y el frescor del subsuelo. Ella misma había agarrado un puñado del frescor y se disponía a arrojar la tierra sobre la tapa de nogal barnizado. Deseaba ver el rostro de su padre, aunque fuera demasiado doloroso, aunque fuera una imagen que enturbiara el resto de recuerdos. Saber que en un momento dado existió. Estuvo ahí. Entre las cuatros paredes del ataúd. Que fue verdad que había muerto.

Aún podía oírle:

—¡Cloe, no olvides encerrar al conejo dentro de la jaula o lo dejará todo perdido!

—¡No me gusta encerrarlo!

—Y a mí tampoco pero vivimos en un piso pequeño. Ya te he dicho que cuando quieras puedo ir contigo a la granja que hay en las afueras.

*La flor de las ruinas tiene espinas, y sabe guardarse y no puede trasportarse*². Cloe había sopesado el ofrecimiento de su padre de aquellas semanas. En su infancia pasaba todo el tiempo que podía fuera de casa, correteando entre el pasto de vacas y el bosque agreste que resistía a la invasión del cemento en el pequeño pueblo costero que fue su primer lugar de residencia. Era como una delicada fuerza de la naturaleza, enfermiza y asustadiza, llena de curiosidad. Se pasaba las horas muertas en contacto con las plantas o los animalillos que correteaban por el bosque abandonado. Más de una vez sostuvo entre sus manos un gorrión o una musaraña. Su padre fue quien la inculcó aquel amor por la naturaleza en la infancia, según él la mejor forma de que un niño creciera feliz y sano era permitiéndole desarrollar sus cualidades sin tener miedo a la variabilidad del entorno. *Un privilegio. Una extrañeza*. Cloe apenas era un bebé cuando tuvo lugar el «contagio». Su padre sabía lo que era permanecer durante años encerrado en casa y salir solo a trabajar al hospital. “Vivíamos en el miedo”. Por eso cuando tuvo lugar la APER '321 decidió ir a vivir

² extracto del cuento *La flor de ruinas*, de Fernán Caballero, 1862

en los lugares más despoblados, donde los controles de los distritos eran menos persistentes. “Nada de cuerpos inmunes o re infectados”. *Conocer las almas puras*. Cuando la sostenía entre las manos y la abrazaba, un brillo en los ojos del padre iba más allá. “No sabes lo frágiles que somos”. Se mudaron innumerables veces de vivienda; pese a que Dominique era celador y su trabajo era muy demandado, no permanecían mucho tiempo en ningún sitio. Solían alquilar una caravana a las afueras de las localidades donde, según su padre, el aire era “más limpio” y había menos posibilidad de que tropezaran con controles sanitarios. Consultaba los índices de contagio constantemente en el pequeño portátil que siempre llevaba encima. Cuando esos índices subían ligeramente arrancaba el motor de la caravana sin previo aviso. Podía ser de noche o de día. Un nuevo comienzo lleno de dudas y soledad se instalaba en la vida de Cloe. Los colegios estaban demasiado lejos de la caravana. Una y mil veces pidió a su padre que la matriculase en la escuela, quería conocer otros niños como ella, con las mismas inquietudes y necesidades, con la misma realidad heredada. “Aún eres un vector”. Cloe no entendía lo que implicaban aquellas palabras pero sentía la gravedad en el rostro de su padre en su propio pecho como un arma afilada y pesada, intuía que un peligro se cernía sobre ellos; llevaba un exhaustivo diario que prohibió leer a Cloe. Algo siniestro y mutable allanaba la felicidad de su padre; el mundo

se había convertido en distintas fuerzas, invisibles, hirientes, que impelían a los cuerpos a rechazarse, donde unos y otros se miraban como si miraran a través de un cristal empañado.

Dominique le enseñó hablar el español y el francés -su lengua nativa-, cuidó de que aprendiera a leer y a defenderse en las matemáticas, convencido de que esas dos habilidades conducirían a Cloe a los demás conocimientos. De la biblioteca que trasladaban de un sitio a otro en el viejo Seat, Cloe recordaba vívidamente los cuentos *La flor de las ruinas*³ o *Las brujas*⁴. Parecía que su vida iba a ser un constante trasiego de muebles, libros y ropa, hasta que con la edad de trece años depararon en la pequeña ciudad industrial de celulosa conocida como Torquera. Un día su padre llegó a la caravana y la levantó con sus grandes brazos por los aires, su complexión estaba henchida de una energía renovada; Cloe no recuerda si fue el sol o el brillo en los ojos de él, se sintió cegada por una felicidad deslumbradora. Su padre giró sobre su cintura, fueron segundos que parecieron una eternidad, el desgastado vestido de algodón que Cloe llevaba puesto y había lavado una y otra vez en la pileta de la caravana a lo largo de aquel verano, se infló acariciando el aire. Era azul celeste. Cuando se detuvo y ella posó sus pies descalzos sobre la grava su padre

3 de Fernán Caballero

4 de José María Pereda

pronunció tres palabras que clausurarían su vida ambulante. “Todo ha terminado”. Pasaron meses hasta que las autoridades notificaron que ambos –padre e hija- habían entrado en el calendario de vacunación. “No hay prisa” su padre sosegaba el ánimo de Cloe mientras fregaban juntos los platos. Fueron meses de espera donde una tenue dicha se instaló en ellos. Vivían la cuenta atrás de una intimidad que nunca volvería a ser la misma. Otras personas, nuevas costumbres y quehaceres comprometerían la lealtad y cautela que habían llenado las horas, los días, los meses, durante años. La emoción de retomar las costumbres de una vida pasada a Cloe le era desconocida. “No debes temer el aire estanco. Ya no”. Pero ese aire estanco les había unido durante años irremediamente, les había obligado a crear una placenta invisible llena de rebeldía, fuera de las directrices, y les había provisto de un bienestar en la que ella particularmente se había sentido segura. A pesar de que había ansiado ese momento tanto como su padre, Cloe vivía entre la emoción y el temor, entre la ilusión de entablar relaciones con “otros” y caminar sin temor a encontrar la señal de peligro “Clase 7.0” pintada en la acera; entre la inseguridad de sentirse un bicho raro y las ganas de conocer otros jóvenes como ella. Se resistió a compartir tales inquietudes con su padre, por temor a romper aquella dicha que había aflorado en sus ojos. “Subiremos al teleférico, disfrutarás de una vista privilegiada de Los Picos”. Su padre consiguió una plaza

fija como celador en el hospital de Torquera, en él cubrió largas horas de trabajo, los “recuperados” de la pandemia eran numerosos, y sus nuevas e inesperadas dolencias eran sometidas a un seguimiento exhaustivo. Fue en aquella época cuando, por fin, Dominique matriculó a Cloe en el Instituto.

Noa era un conejo cejijunto, blanco y gris, de cinco meses. Comía con apetito mirándola moviendo sus mofletes arriba y abajo. Sus fosas nasales se hinchaban de una forma que la hacían sonreír. Era raro que eso sucediera. Que sonriera. En el instituto sus amigas bromeaban acerca de la devoción que Cloe sentía hacia el conejo, ellas hablaban de conseguir el primer brillo de labios y convencer a sus padres para poder ir juntas a la gran superficie que las autoridades habían reabierto. Cloe prefería regresar a la caravana y dar de comer a Noa, concentrarse en los cambios del animal a medida que crecía que los cambios que ella experimentaba en su cuerpo, o en sus dificultades para comportarse igual que los demás. Todo sucedía demasiado deprisa. Sus caderas habían ensanchado en los últimos meses, percibía un ardor en los senos insoportable. Su pelo se había encrespado. Sentía las miradas aceradas de los chicos en su torso, cómo se sonrojaban si se detenía a hablar con ellos. Cuando por fin tenía la oportunidad de entablar

lazos con gente de su edad surgían barreras insospechadas. Cogió el conejo entre sus manos y lo encerró en la jaula. Era una intimidad a la que no estaba dispuesta a renunciar por nada del mundo.

—¡Venga Cloe!

—¡Ya voy!

La mochila pesaba demasiado, la noche anterior había olvidado sacar el libro de literatura de tapa dura y las playeras deportivas.

—¡Cloe! Tengo prisa. Estás haciendo que llegue tarde.

A primera hora de esa mañana la directora del colegio fue a buscarla al aula, acompañada de un agente de policía.

—Debemos hablar contigo.

El hombre, sentado frente a ella en un pupitre dentro de un aula vacía, con voz neutra le explicó que el coche de su padre se había salido de la carretera AT-79 tras dar un fuerte volantazo.

—Todavía es pronto para saber lo que ha sucedido, pero lo más probable es que haya sido sorprendido por un corzo. Se han encontrado las huellas y el rastro de sangre de una animal herido en el asfalto.

Había visto decenas de veces el cartel fosforescente de advertencia. Los drones controlaban el tráfico en aquel tramo de carretera aislado e intrincado en varias pendientes, entre una hilera de colinas. Deseó haber ido ese día con él en coche. Su padre únicamente la llevaba al hospital cuando iba a hacer algún trabajo fuera del horario habitual. Ella le esperaba en el parking dentro del vehículo. La colina de los corzos era el tramo del trayecto que más disfrutaba, hiciera frío o calor, bajaba la ventanilla y dejaba pasar el olor de los eucaliptos.

El vehículo había estallado en mitad de la carretera. El cuerpo de su padre había quedado carbonizado.

Sus abuelos desde París pagaron el sepelio y ordenaron la sepultura del hijo a pesar de que no era el deseo de este ser enterrado. Dominique era reacio a disfrutar de ese privilegio, de poseer un “lugar de encuentro”, pues muchos de los caídos en la pandemia habían sido incinerados en contra de la última voluntad del difunto y las familias. El ayuntamiento cedió un pequeño nicho en el cementerio como “gesto de gratitud a sus

trabajos sanitarios en la comunidad”. Los periódicos locales, incluso del país, se hicieron eco del accidente. “El sanitario que deja huérfana a una hija”. Durante la celebración del entierro Cloe se preguntó qué habría sido del corzo herido, si habría muerto. Muchas noches soñó que estaba perdida en la colina de los corzos y buscaba el rastro de sangre del animal entre los eucaliptos; en el suelo emergía una mortaja de nieve, olía el humo de un incendio a lo lejos.

La tapa de nogal descendió pulcra y fría, el cura perfiló el símbolo de la cruz mientras rezaba el Santo Rosario y pasaba la Liturgia de las Horas. Cloe no fue capaz de arrojar el ramo de lirios que había comprado a la entrada del cementerio. Eran las flores preferidas de su padre.

—Hay un bello silencio en los pasillos, puedo leer todo lo que quiera en los turnos de guardia.

—¿No tienes miedo en un edificio tan grande?

— Sé que piensas mucho en mí y me siento acompañado todo el tiempo. —La arropó en la cama—. Los pacientes agradecen mi presencia.

—¿Cómo son esos pacientes?

Dominique le acarició el pelo.

—Un hombre no se mide por sus vivencias —la besó en la mejilla—, sino por sus actos.

Fue la última vez que su padre se despidió de ella antes de acudir al trabajo. Todavía podía sentir los brazos de su padre aferrados a ella. Aquel olor... pastoso y escurridizo; mezcla de tinta y jabón amargo, de aliento matizado con el paladeo de pulpa de fruta, de afeitado para el pelo y betún. *La psique...* solo algunos retazos quedarían de ella.

Después de la muerte de su padre empezó a hacerse las heridas, dentro del cuarto de baño, apretaba levemente la cuchilla de afeitar hasta que el hilo de sangre aparecía. El dolor físico la aliviaba. De qué manera. De su madre apenas sabía nada, solo que se llamaba Berta. De ella conservaba una fotografía en blanco y negro. Era una joven de ojos grandísimos y pelo negro rizado. Durante un tiempo había guardado con fervoroso celo aquella fotografía dentro de un sobre desgastado, hasta que quedó relegada al fondo del cajón de su pequeño escritorio, en la caravana. En la parte trasera había escrito: *El Muelle* y el número romano X. Su madre

llevaba un delantal de faena que se elevaba ligeramente, tal vez, debido al viento que soplaba ese día con fuerza. Se percibía un ambiente marinero en las redes de pesca desperdigadas por el suelo. Cloe se había preguntado muchas veces si su padre y su madre ya se conocían en esa foto, si fue él quién tomó la instantánea. Era un gran aficionado a las imágenes analógicas en blanco y negro, nunca se desprendía de su cámara réflex. Hubo un tiempo en que a su padre le gustaba retratar a la gente. Trabajadores del campo y de las naves industriales que visitaban, camioneros de paso, vendedoras ambulantes... Guardaba una amplia colección en un álbum de cartulinas negras. Muchos retratos quedaron sin clasificar entre las láminas. “Cuando no miran es cuando verdaderamente uno puede capturar la esencia de esa persona”. Cloe contemplaba los claroscuros de aquellos rostros intentando comprender lo que su padre le describía con tanto entusiasmo. No sabía por qué, pero desde pequeña había intuido que su madre en aquel retrato, miraba al objetivo desafiando aquel entusiasmo. Era un pensamiento doloroso, lleno de soledad y resentimiento y, al mismo tiempo, de una necesidad de amar y ser querida.

Poco se parecía físicamente Cloe a Berta. Su padre nunca le había hablado mucho de ella, una vez le contó que era mucho más joven que él cuando la conoció y que el embarazo la sumió en un estado de irrealidad del que no supo salir. “Era

una persona demasiado débil. No estaba preparada para lo que estaba por venir”.

Después de la muerte de su padre Cloe dejó de asistir a clase. La sangre era cómo una flor seca entre sus muslos.

Asuntos Sociales recomendó que ingresara en una unidad psiquiátrica para adolescentes del Hospital El Cerro. La vida allí dentro fue más bien monótona. Se limitaba a salir al patio y a acudir a las sesiones de terapia. Los medicamentos la atontaban. Apenas pudo llevar alguna pertenencia consigo. Tampoco habría tenido fuerzas. Levemente recordaba que allí fue donde perdió el colgante con el retrato de su padre. Dejó caer el medallón de su cuello en las duchas comunitarias. Estaba enfadada con él, consigo misma, con el entorno y aquella euforia que les había dominado y había hecho que perdiesen la cautela. El medallón desapareció por el desagüe entre pelos y agua ennegrecida. En la unidad muchos eran los cuerpos adolescentes cuyos tobillos y rodillas estaban cubiertos de roña fruto de la languidez que domina un dolor indeterminado. Algunas de sus compañeras habían perdido a sus padres o a sus novios en “el último brote” antes de que APER '321 tuviera lugar; a otras les había superado el aislamiento forzoso de los últimos años, o simplemente les resultaba insoportable llevar una vida plácida cuando antes

su día a día era sombrío, monótono, repleto de restricciones, enfermedad y miedo. Ella había tenido suerte, había vivido el largo periodo de incertidumbre en el que el virus desafiaba a la ciencia en compañía de su padre, era él quien la había protegido y la había hecho creer que vivían una aventura. Ahora se sentía traicionada y huérfana. No deseaba ser víctima de una felicidad prestada.

Noa fue trasladado a una granja de recuperación. Ni siquiera le echó en falta o preguntó por él. Al morir su padre había muerto una parte de sí misma.

Le asignaron una compañera de cuarto. Más mayor que ella. Una larga melena morena ocultaba gran parte de la espalda de la desconocida, dos tatuajes del ángel exterminador cubrían la superficie de sus manos; bellísimas se movían mágicamente. Muchas veces esas manos la empujaron fuera de la cama. “Venga, chica, levanta. No te vas a quedar todo el día ahí tirada”. Veía un rostro difuminado, una boca fruncida, un tacto cálido en el vértigo dando pasos en lugar de ella. Después de tres meses de internamiento Cloe reaccionó bien al tratamiento y le dieron el alta, le ofrecieron la oportunidad de vivir con sus abuelos paternos.

El velero: Despertar

Cloe se apoya en la barandilla de cubierta, abre los ojos. *Dadme enseguida de beber agua fresca de la fuente de Mnemósine*⁵. Mira la toalla extendida al lado de ella.

Vacía

La tela aún conserva la lámina de la helada de esa misma mañana, como si el tiempo se hubiera detenido. Es extraño que sea de esa manera cuando en los últimos días todo se ha precipitado. Como la tormenta inesperada. Como el latido.

Busca con la punta de sus dedos los extremos de su *short* vaquero. Tira de ellos. Las perneras son demasiado cortas. Cuando vivía en la residencia nunca había sentido vergüenza por las cicatrices que recorren sus ingles y se extienden por la cara anterior de sus muslos. *Todos de una forma u otra cargábamos con nuestras propias heridas.*

5

en la mitología griega, la personificación de la memoria.

Mira a su alrededor y acumula imágenes fugaces. *Antonio*. Le viene a la mente uno de los nombres. Quema en su boca. Algo le inquieta sobre cubierta: la inmovilidad del aire o la gaviota que planea sobre las toallas. *¿Por qué vuelve a mí este vacío de forma tan intensa?* Siente que sus facciones se endurecen. Abre la mano, vuelve el agarrotamiento: la abre, la mira, la vuelve a cerrar... Un dolor punzante atenaza su brazo derecho. Se muerde los labios, desea ser un vacío en la memoria, una pieza del olvido segmentado. Rendida, sin una lágrima, se acurruca junto a Patricia.

No se atreve a mirarlos a plena luz del día, escucha sus peculiares murmullos acostumbrados a ser comparsa del silencio. La luz es lo suficientemente tenue como para proyectar una pesada sombra sobre el grupo de «cosechadores». Los saltos de agua bordean ambos márgenes del río. El viento silba en su oído como si fuera una serpiente. Percibe un olor a liendres. El cauce se estrecha. Una lata repleta de gachas cae en sus manos, pero Cloe ha perdido el apetito y cede la ración a Patricia. Un impulso que nace en las entrañas y que ni ella misma alcanza a explicar. Los cuerpos de uno y otro brillan en la negrura. El muérdago ahoga los árboles en las capas más altas. Aprieta las manos en un puño y las coloca bajo el coxis, tumbada boca abajo sobre la toalla. Patricia duerme de

nuevo junto a ella. Cuando Cloe mira hacia proa, Sebastián ha desaparecido de los mandos del timón.

“Trabajé para que mi hijo lo tuviera todo y llegara a ser alguien en la vida”.

Beatriz Contreras, madre del Jefe del Distrito 221

La recibió en el aeropuerto la asistente social, Camile. Viviría en su casa una semana antes de establecerse con sus abuelo paternos de manera definitiva. Cloe hablaba muy poco francés, pero la asistente se empeñó en que cuanto antes practicara sería mejor para ella. De camino a su casa la joven no prestó atención a lo que Camile explicó sobre las calles o los monumentos. Las palabras sibilantes hicieron que se replegara. Las amplias avenidas provocaban un profundo temor en ella.

El piso en la sexta planta de la avenida Mac Mahon, lleno de objetos cotidianos y pequeños ruidos, por un momento recordó a Cloe a la caravana en la que había vivido con su padre.

—Ha sido un largo viaje. Debes estar exhausta.

Camile recogió un pato de goma y un Superman de Lego del fondo de la bañera.

—He comprado velas aromáticas. Puedes encender una si quieres.

Cloe giró el grifo en el cuarto de baño de estilo antiguo. De pronto se sentía muy cansada; se desnudó y se hundió en el agua sin pensar en nada. Despertó cuando Camile dio unos golpecitos en la puerta.

—Mis pequeños “monstruos” quieren conocerte.

Camile era madre soltera de dos niños pequeños. Jean Paul y Alizee. Tres y cinco años. Esa noche ayudó a Alizee a ponerse el pijama en la habitación que compartía con su hermano. Camile le propuso que al día siguiente despertara y llevara al colegio a la niña.

—Tienes buena mano con ella y a mí se me hace cuesta arriba, siempre ando con prisas.

Alizee era una niña con mucha energía que padecía una limitación en la pierna derecha como consecuencia de un trombo. Según tenía entendido Cloe, había muchos niños con la misma secuela como consecuencia del «contagio». Los últimos estudios clínicos hablaban de que con el tratamiento adecuado dichas limitaciones eran totalmente recuperables;

pero para Alizee, que veía a su hermano corretear por la casa, caer y levantarse del suelo sin ninguna dificultad, no dejaba de ser frustrante.

—Debe bajar las escaleras hasta la calle, acostumbrarse a hacer esa pierna suya.

La niña remoloneaba para despertarse. Cloe estaba segura de que su fatiga no era física sino mental. *Sentirse distinto a los demás es agotador, ¿verdad?* Con miradas y con gestos ambas se entendieron a la perfección. Cloe dejaba que se atará los cordones después de que le colocara la férula⁶ en la pierna, la ayudaba cuando se ponía en pie.

—Sin duda tienes un don. —Camile la había estado observando sin que ella se diese cuenta desde el umbral de la puerta—. Nunca la he visto tan dócil. Odiaba que la ponga la férula.

Cloe se sentaba en un banco del hermoso parque de Monceau. Era invierno pero un invierno luminoso en el que la helada perdía fuerza a medida que se aproximaba el mediodía; los árboles rompían el cielo grisáceo de una forma

6 Med. Dispositivo externo y resistente para la inmovilización de partes del cuerpo, que se utiliza en el tratamiento de fracturas y en ortopedia.

bella y sobrecogedora. Después de dejar a Alizee en la escuela cogía una bicicleta en una de las estaciones públicas y recorría los Campos Elíseos, la Marcha de Noel; podía asimilar la atmósfera mágica con miles de luces de la época navideña. El último día de su estancia en el piso cenaron patatas cortadas en rodajas finas y gratinadas en nata. Por un momento se imaginó formando parte de esa familia.

La casa de sus abuelos era un piso antiguo en pleno centro de la ciudad con los suelos de madera y los techos altísimos. Apenas había muebles. Solo las habitaciones de los ancianos y una antesala que parecía más un cuarto de medicinas que una salita, estaban convenientemente acondicionados. La cocina disponía del menaje justo. En el salón había un viejo sofá y una biblioteca vacía. En toda la casa Cloe no encontró un televisor o una radio. Por recomendación médica sus abuelos hacía años que habían dejado de estar al tanto de las noticias.

—¿Es aseada? Sí.

Para su abuelo la respuesta fue suficiente. Su abuela postrada en la cama habló desde el cuarto marcando el acento en la “a” y en la “e” tan característico del idioma francés:

—Quiero verla.

El velero: Sebastián

Un tenue rayo de luz incide en el tragaluz. Sebastián despierta con dolor de espalda. En un acto reflejo se palpa el rostro. Ni siquiera sabe de dónde procede esa extrañeza. La misma que le despertó antes de que el humo lo invadiera todo. *El presente, no existe otro tiempo*. Retira la saliva que sin querer ha emborronado el mapa extendido sobre el escritorio. A un lado, el vaso vacío. El cansancio ha hecho que cometa ese desliz. De camino a cubierta pasa por la cocina y deja el vaso en el fregadero. Con los ojos aún brumosos mira hacia la cristalera del techo. El cielo resplandece. *Hoy el día cundirá*. Al subir tropieza con una muñeca de trapo en la escalerilla del tambucho⁷. Apenas son nueve, a lo sumo once a bordo del velero.

Víctor se acerca a él y le ofrece un cigarrillo.

—Aprovecha, es la última cajetilla —mueve los dedos de una forma delicada, casi femenina. Mira a Sebastián con una mirada que es ausente desde hace días—. Se pelearán por ella.

⁷ escotilla protegida que da acceso a las habitaciones de la tripulación.

Sebastián acepta el cigarro. Lo enciende y se apoya en la barandilla. Los diecisiete metros de eslora se deslizan en el azul, las hélices cercenan el agua cristalina. La pulcritud es tal que siente un sobrecogimiento. Evita cualquier tipo de complicidad con Víctor, de esa forma aleja los sucesos de los últimos días. Debe aferrarse a lo que ve y a lo que siente.

Las chicas siguen durmiendo. Puede ver cómo sobresalen sus cuerpos de las toallas. Las piernas desnudas entrelazadas. Sonríe levemente. Queda algo de ingenuidad en aquella languidez suave y descarada que permanece tumbada y rompe las suaves líneas del velero. Se pregunta si alguna de las chicas será Cloe. También qué habrá sido de Antonio. *Él estaba dispuesto a «cumplir».*

—¿Por qué no duermen en las literas? Hay espacio suficiente —pregunta a Víctor.

—Hace demasiado calor ahí abajo.

Y el ardor no nos abandonará. El sol sangra sobre la línea del horizonte, el zumbido de las moscas es un velo invisible que acaricia la sensación de irrealidad. La variación del rumbo en el velero es perpendicular al pequeño islote que acaban de superar.

—¿Has bajado a la cocina?

Víctor niega con la cabeza:

—Procuro no entrar en las cabinas.

—En la despensa apenas quedan conservas y dos bidones de agua potable—Sebastián da una calada al cigarro. Le molesta que Víctor sea tan parco en palabras cuando ha sido él quien se ha acercado a hablar.

—Sabes que no podemos seguir así. . . —continúa—. Dentro de poco nos quedaremos sin provisiones.

Víctor otea el horizonte mientras expulsa el humo del cigarrillo por la boca. La pequeña isla fluvial aparece y desaparece a lo lejos. La humedad riega el campo en los márgenes del río. El caudal es lo suficientemente profundo como para que “El Albur” no encalle. Descansan la mayor parte del día a bordo del velero y se adentran a pie en el terreno que se extiende a los dos lados del afluente cuando amanece. Sebastián decide bajar a la cabina y examinar el radar de rastreo. Debe procurar mantener la cabeza ocupada.

La sociedad ha cambiado, el individuo se ha convertido

en un pequeño dios en busca de su reino.

ANAIS LAVÍN

Sus facciones se ensombrecen. Antonio hinca las suelas en los pedales de la moto. Exhausto penetra por el camino polvoriento. Quedan por recorrer más de quinientos kilómetros hasta el almacén situado en la ribera septentrional de isla Haustela, no sin fatiga, por las montañas ásperas y cerradas. *Mi corazón sin latidos.* Dos hombres distintos en uno solo: el primero piensa y el segundo respira en la acritud. *La naturaleza fue cómplice.* Cuando está a punto de llegar al campamento frena la moto en seco: un zorro chillá y dá bandazos con el lomo en mitad del camino. Se apea de la moto y se acerca. El pelaje cobrizo del animal brilla en la oscuridad proyectando la silueta de una fiera de mayores dimensiones. Al percibir la proximidad de Antonio se retuerce. *En cierta manera nos parecemos.* Ha caído en uno de los cepos. Tiene la pata delantera hecha trizas. Antonio envuelve su mano derecha en la cazadora y agarra al zorro por el cuello. El miedo del animal es más intenso que la vida que mana de la herida. Una tibieza que hacía tiempo no percibía atraviesa la tela vaquera hasta empapar la palma de su mano. Saca la navaja que lleva consigo del bolsillo del pantalón. El zorro dá un

último chillido. Seco. Impregnado en polvo. Tres incisiones en la barriga perfilan la silueta de un círculo. Antonio siente un alivio momentáneo.

Entra en la tienda de campaña. Es noche cerrada. Tumbado boca arriba se mira las manos: la piel, rugosa en la parte interna de los nudillos está salpicada de durezas a causa de las horas que ha pasado encima de la moto. *Alguien se debió de llevar los guantes.* Recuerda vívidamente el día que conoció a Laurenti: se acercó a él en la gasolinera de la avenida Las Azadas, le preguntó dónde había comprado la moto. A Antonio le pareció ridícula aquella pregunta, su vieja Derbi Senda color granate estaba en las últimas, además, por cómo iba vestido nadie hubiera dicho que la moto pudiera suscitarle algún tipo de interés.

—¿Ha visto el taller mecánico a la entrada del pueblo? Ahí, puede encontrar más como esta.

Terminaba de llenar el depósito de gasolina y se disponía a marcharse sin pagar antes de que el encargado regresara cuando Laurenti sacó de su cartera dinero suficiente para pagar el repostaje de aquel día y de las próximas semanas.

—Delante de mí no permitiré que te comportes así.

Vestía mocasines y un traje de franela. Al saludarle se había quitado el sombrero de lino que cubría su cabello, cuidadosamente peinado hacia atrás, y había apoyado una mochila de lona beis en el suelo. Era llamativamente rubio. Llevaba una estola de lino, y una OLYMPUS Trip 35 colgada al hombro. Su mirada, de un azul que no se veía por la isla era casi transparente. Sus pupilas querían decir más de lo que estaba dispuesto a revelar. En su presencia desde el primer momento Antonio se sintió anclado a lo insondable. *La isla rodeada de océano*. Aún cerrando los ojos es el día de hoy en el que no puede olvidar aquella mirada. Un hombre dueño de una promesa.

—¿No es de por aquí?, ¿verdad?

—Podríamos decir que así es —Laurenti contemplaba la hilera de palmeras que bordeaban la extensión pedregosa al otro lado de la gasolinera con interés—. Este es un lugar especial.

Se arrodilló y cogió un puñado de tierra del arcén de la carretera. El viento arrastraba la arena de la playa hasta allí.

—No sabes lo afortunado que eres de vivir aquí.

Miró los gránulos rojizos que había depositado en su mano como si fuera algopreciado, después, molesto consigo mismo por haberse quedado abstraído de esa manera siguió hablando:

—Pese a todo y de estar muy lejos del que fuera mi hogar he conseguido crear mi propio Círculo... —se detuvo sopesando las palabras—. Te gustaría.

—¿Qué me gustaría?

—Ese Círculo.

Montaron juntos en la moto. Antonio no recuerda quién tomó la iniciativa. Desde que había conocido a Laurenti olvidaba los momentos claves que le habían llevado a ser quien era. Puede que él mismo se ofreciera a ayudarle a llegar al mirador por la carretera secundaria con el fin de que admirara la tierra que le había deslumbrado, o fue el propio Laurenti el que se lo pidió, no lo recordaba.

Al borde del barranco el corazón le latía deprisa, tal vez a causa de la última calada al canuto que había fumado. Una vez que culminaron el repecho, se sentaron a la sombra de una roca milenaria. El tiempo pareció detenerse. Antonio

no podía apartar la vista de un cartel de madera clavado en el suelo en el que se leía «aunque hay momentos difíciles, tu vida es importante».

—¿Sueles subir mucho aquí?

—Cuando no hace mucho calor se puede estar. Pero no, no suelo subir, no es un lugar de paso..., como has visto la carretera está cortada.

—Sí —musitó Laurenti pensativo mientras sacaba un cigarrillo de una pitillera dorada y lo encendía. —Hay demasiadas carreteras cortadas.

Le tendió la pitillera.

—¿Un cigarro?

—No suelo fumar tabaco solo.

Laurenti se arrodilló y sacó de la mochila un par de objetivos de largo alcance y un trípode, lo desplegó y colocó encima la OLYMPUS que llevaba al hombro. Sosteniendo entre los dientes el cigarrillo adaptó uno de los objetivos en la cámara, después, tomó varias fotografías del paisaje que se

extendía ante él desde distintas perspectivas; se giró e hizo un gesto a Antonio para que se acercara.

—Isla Haustela además de tener conexiones culturales interesantes, sin duda, ofrece vistas impresionantes.

Antonio dudó en acercarse pero finalmente lo hizo. Le halagaba que alguien como Laurenti le hablara de tú a tú. Su forma de vestir, sus maneras de hombre cultivado. El mundo de Antonio era otro, solía despertar en habitaciones de pensiones sin recordar nada de lo que había sucedido la noche anterior junto a una chica distinta cada día. La mayoría prostitutas. Se sentía a gusto con ellas. Por eso era raro que se sintiera cómodo con aquel desconocido. Las prostitutas habían infiltrado la obscenidad en su mirada, despreciaba aquel aspecto de él pero resultaba útil a la hora de encontrar un sitio donde pasar la noche, hacía que todo tipo de mujeres vieran un misterio: la camarera del Bar Adarajas, la adolescente encargada de vigilar el quiosco del parque, la única prima lejana que sabía de él y vivía en la isla... Encontraba notas en los bolsillos de su pantalón de mujeres con las que apenas había cruzado dos palabras, o «Whatsapps» subidos de tono de números de teléfonos desconocidos en su móvil.

—Puedes tomar algunas fotos si quieres.

Antonio se pasó la tarde capturando los páramos remotos en la pantalla táctil de la cámara de fotos, escrutando la luz rojiza que emanaba su superficie, inmortalizando el azul cegador del cielo. Imaginó que la cámara era suya.

Laurenti inspiró profundamente, después se recostó en la roca

—Te sorprendería lo que Haustela puede ofrecer.

Antonio siempre había querido salir de la isla, no pudo más que sonreír, de súbito, dejó de hacerlo. El semblante de Laurenti se había endurecido. A lo largo de la tarde el joven no había entendido muchas de las palabras que había utilizado el forastero para referirse a uno u otro elemento de la geografía. De pronto, temió que dejara de hablarle.

—¿Puedes ser más claro?

—En el suelo de la isla existen varias moléculas muy diferentes entre sí pero con un mismo componente beneficioso para la salud que muy pocos conocen —exhaló el humo de su boca plácidamente—. Entre otras cosas, dicho componente

evita el deterioro del cuerpo humano, y lo más importante, disminuye el rechazo de los órganos trasplantados.

A Antonio no le sorprendió el cambio de giro en la conversación. Desde el «contagio» el discurso científico en las personas era una característica habitual. Muchos eran los que estaban al día de las últimas publicaciones sobre investigación. Él nunca se había dejado arrastrar por aquella corriente, sin embargo, no deseaba que Laurenti se diera cuenta de aquella pasividad que dominaba su interior.

Laurenti miró por los prismáticos escrutando la isla. Antonio se sentó a su lado y tomó entre sus manos la cantimplora de agua que él le había ofrecido en algún momento de aquel encuentro inesperado. Bebió y percibió la porosidad de su lengua. Cogió el mechero de la mochila de lona, después de prender la llama varias veces y contemplar su combustión, encendió un cigarro. Lejos del bullicio del puerto y, tal vez, embriagado por el poderoso bálsamo de la naturaleza que se extendía ante él, se abrió como nunca antes lo había hecho con nadie. Le contó sus recuerdos de la infancia en los que jamás percibió el calor de su madre; cómo su padre se había alejado de él cuando solo era un niño y durante “los años del «contagio»” había ido de un centro de menores a otro en los que le sometieron a permanentes pruebas; o su decisión de vivir

fuera de las normas una vez que se inició APER'321. Laurenti le escuchó silenciosamente, después, le habló de la tierras del valle más allá de las colinas atravesadas por el Río Thalos, le explicó que eran codiciadas por su fertilidad y su aire limpio; que había más jóvenes como él viviendo en el paso estrecho; que venía de muy lejos convencido de que había otras formas más provechosas de vivir, que no le juzgaría y que, sobre todo, le hacía ese ofrecimiento porque necesitaba su ayuda.

Antonio ni siquiera preguntó para qué le necesitaba.

—Puedes llevar a quien tú quieras —Laurenti finalizó la conversación.

Muchas veces Antonio, a solas, como aquella noche creía que el joven que subió a la colina no era él, que nunca había existido.

*Nuestro destino reside en la armonía del cuerpo y
la naturaleza. Si damos la espalda a esa armonía esta puede entrar
en combustión.*

CARTEL DE LA RESIDENCIA DUSHA

Antes de que sucediera ya había visto la imagen: los bomberos caminando entre los escombros, las cámaras de televisión retransmitiendo en directo. En cierta forma a Antonio le complacía. *Aunque Laurenti se resistiera a admitirlo.* No era una experiencia etérea, ni mucho menos, sino sólida y tan ligada a la tierra que a veces temía ser incapaz de dar un paso.

La casa residencial, la clínica, el cobertizo, los laboratorios, el enorme jardín que se extendía por delante y por detrás del pabellón de ingresados, la pista de tenis, la piscina..., todo había resultado calcinado. Los bomberos se afanaban en encontrar entre los escombros a algún superviviente. Habían tardado en llegar a la finca debido a su difícil acceso. Era un riesgo estar allí pero nadie reparó en Antonio: recogía la basura y los materiales que utilizaban en las labores de extinción entre los voluntarios. Había permanecido toda la noche despierto viendo cómo las llamas se arremolinaban alrededor del foco

del fuego, desde el bosque aledaño. La actividad de primera hora de la mañana era frenética. *Están demasiado ocupados en calmar su culpa*. Nadie como Antonio conocía la geografía de la zona; sus idas y venidas por el camino privado desde la residencia hasta al embarcadero de La Laguna, montado en la moto o en la cosechadora, habían sido numerosas. El viento marino sonaba ese día especialmente por toda la isla. Era el rumor de un manantial invisible. Acercaba las voces de mares lejanos. El crepitar de las llamas en la noche del incendio acalló esas voces. *Las siluetas empequeñeciendo*. Antonio había visto con sus propios ojos cómo el fuego lo consumía todo. Ni siquiera los gritos de los que quedaron atrapados en las habitaciones pudieron sacarle del trance. *Miriam...* Casi no puede pronunciar su nombre. Él mismo hubiera podido terminar siendo aquella rojez similar a la sangre.

Mientras los bomberos rebuscaban entre las ruinas o bajo las vigas de madera calcinada, varios forenses trabajaban en la identificación de los cuerpos. Había tres sacos de plástico gris en el suelo, precintados, en los que habían introducido los cadáveres. A uno de ellos lo habían cubierto solamente con una manta. Un agente de policía aguantaba el vómito. Un forense palpó, giró la cabeza de lo que parecía el cuerpo de una mujer y llamó a uno de sus compañeros para que se

acercara. Eran tres personas enfundadas en overoles⁸. El grupo de bomberos, encaramados sobre las grúas retiraban los últimos escombros que obstaculizaban la entrada de la residencia. Los pilares de madera no eran los únicos elementos remolcados; a medida que avanzaba el trabajo, se confundían con más cuerpos. Se deshacían. Caían en las cenizas mientras los bomberos se echaban las manos a la cabeza. Para Antonio no dejaba de ser un desintegración armoniosa. *Algo bello*. Habían perecido tanto los que despertaron por instinto como los que sucumbieron a los somníferos. Nadie pudo salir por las ventanas de las plantas inferiores, tapiadas con tablas de madera. A grandes tramos, del páramo de cenizas surgían columnas y rejas, cadenas enmarañadas. *La cosechadora*. No quedaba nada del cobertizo, solo algunos arcos desangelados. Las llamas llegaron a superar los veinte metros de altura destruyendo los corredores de la clínica. Los muelles de las camas surgían agonizantes, partidos por la mitad o arqueados. Olía a napalm⁹ con intensidad. Aquel aroma le acompañaba.

Sobre el saco de dormir se quita la ropa, la tira en un gurrúño en el barro. Su desnudez en la oscuridad resulta insultante, para él es inconcebible su cuerpo desligado al de

8 buzos.

9 sustancia inflamable, a base de gasolina en estado de gel.

Miriam. Los senos encendidos, la mirada turbadora. Su alma desabastecida. Aún tiembla al recordar la excitación que sentía al escuchar la respiración de los vigilantes cuando avanzaba por la planta de arriba de la residencia y cómo esa excitación desaparecía cuando abría la puerta, al final del pasillo. La silueta de Miriam tumbada en la cama, esperándolo. Nunca nadie hasta ese momento había detenido el tiempo. Un tiempo preciado. Antonio volvía a sentirse un hombre. Un ser animal. Con alma. Entonces, no era consciente de ello. Ahora sí. Cuando todo se ha desintegrado. El vacío es abismal al recordar que en algún momento de su vida ha sido alguien.

Nada más ver a Miriam intuyó lo que sucedería. Había dejado la moto al pie de la colina y había entrado en la parte trasera del Mercedes Benz. Laurenti estaba sentado en el asiento del copiloto. Ella ni siquiera lo saludó. Pisó el acelerador y condujo a gran velocidad por la carretera privada durante más de una hora. Iba vestida de negro dentro de una falda de tubo y una camisa de encaje. Era un atuendo sencillo. Aunque hiciera esfuerzos por pasar desapercibida resplandecía en aquel lugar donde los rayos del sol eran hirientes.

Cuando aparcó el Mercedes Benz en la entrada de la residencia fue cuando ella se dignó a mirara Antonio. Su rostro era terriblemente bello. Pálida como si hubiera pasado

tiempo escondida dentro de una habitación. Laurenti bajó del coche y fue al encuentro de un grupo de jóvenes vestidos con pantalones y camisas de lino beis, en la entrada de la finca, por encima de ellos había un letrero en forma de arco que decía:

RIQUEZA Y SALUD

RESIDENCIA «DUSHA»

—¿Así que te has dejado convencer por él? —Miriam sacó un puro finísimo que olió antes de encender, de una pitillera. Sus ojos eran negros, brillaban en una oscuridad arenosa.

A Antonio le molestó la pregunta, la hizo sin esperar una respuesta.

—Me los traen cada mes de La Península, ¿sabes? —dijo una calada al puro—. Algún día te daré a probar... No querrás otra cosa.

Miriam salió del coche y se unió al grupo de Laurenti y los jóvenes que hablaban animadamente mientras le miraban desde lejos vorazmente. Antonio permaneció al lado del coche. Le irritaba sentirse observado. Decidió dar una vuelta alrededor de la finca. La casa era inmensa, de estilo clásico

francés, con muros almohadillados de aspecto macizo y vistosas molduras, techos de pizarra y un amplio porche de dos alturas. En la parte trasera había una piscina cubierta donde varias personas vestidas de pijama, junto con un porta sueros, paseaban acompañadas de un asistente. Dos parejas de jóvenes jugaban una partida en un pista de tenis aladaña. Era raro todo aquello pero Antonio no era quién para hacer preguntas. Un camarero se acercó y le ofreció una cerveza fría.

—Por gentileza del señor Laurenti —miró hacia arriba.

Asomado al balcón de la segunda planta de la residencia Laurenti le saludó. Miriam estaba agarrada a su brazo.

—Esta noche se celebra una fiesta de gala para recaudar fondos para la clínica —prosiguió hablando el camarero—, si no tiene objeción —le acercó un traje de *smoking*— puede cambiarse en los baños de la piscina.

Cuando quiso darse cuenta tenía el *smoking* entre las manos y estaba en calzoncillos delante de una baza. Introdujo la pierna en la pernera derecha del pantalón. Al ir a meter la otra pierna la furia que afloraba en él cuando intuía que alguien le obligaba a hacer algo que no quería hizo que diera

un tirón. La costura del pantalón cedió. Tiró la chaqueta y la camisa al cubo de la basura.

Anduvo por el sendero que conducía al exterior de la finca, el sol, paulatinamente, iba perdiendo fuerza oprimido por la penumbra del final del día. Una antigua cosechadora pintada de rojo le sobrepasó a gran velocidad; después, frenó a varios metros de distancia. Del contenedor salían risas y música. Un chico de mirada salvaje y pelo revuelto se asomó por la ventanilla de la cabina:

—¿Necesitas que te llevemos a alguna parte?

Daba golpes con la mano en la puerta metálica. Iba vestido con el mismo atuendo color beis que había visto a los chicos en la entrada de la finca.

—¿A dónde vais? —preguntó Antonio.

—Al puerto.

—Con eso me vale —se acercó dispuesto a subir a la cabina.

El chico negó con la cabeza y señaló con el dedo pulgar la parte de atrás de la cosechadora.

—Ahí estarás más cómodo.

Alguien había abierto la parte trasera del contenedor.

El techo del depósito estaba cubierto con toldos de lino negro. El sol del atardecer sobrevivía en el interior, un aroma a trigo y a incienso aumentaba a medida que avanzaba.

Hablaban entre ellos mientras escuchaban música *Chill out*.

«I brought you some something close to me

left with something new

see through your head

Give haunt my dreams

But theres nothing to do but believe»¹⁰,

10 letra de la canción titulada Breathe, de Télépopmusik (2001).

, era el *revival* de moda que Antonio escuchaba todas las noches en las discotecas del puerto a última hora. Para los demás era fácil encajar; él, sin embargo, siempre encontraba a alguien con ganas de pelea. Pero sorprendentemente se sintió bien, dentro de la cosechadora aquellos chicos y chicas destilaban un halo de indiferencia, una mezcla de autosuficiencia y camaradería que hizo que se relajara enseguida. Cuando estuvo cerca de ellos le miraron de la misma forma que Laurenti. *Insondables. Fatigados.* Con aquel peculiar brillo en los ojos.

—¿Te volveremos a ver?—le preguntó el chico desde la puerta del copiloto.

—Es posible —Antonio jugaba con una brizna de trigo que había encontrado en el suelo del contenedor. Había centenares de ellas.

Alguien volvió a cerrar la parte trasera del contenedor y la cosechadora siguió su camino por la carretera.

En el puerto, encontró a Víctor dormido en la acera, junto a la cabina de teléfono. Le dio una patada en la pierna.

[ADQUIRIR LA NOVELA COMPLETA>>](#)



[PÁGS. 441 LIBRO FÍSICO](#)
[PÁGS 331 FORMATO DIGITAL](#)

